

Hernán Feldman\*

## Un límite para el límite: las formas de hacer política en *Dos partidos en lucha* de Eduardo L. Holmberg\*\*

### A Limit for the Limit: Ways of Doing Politics in Eduardo L. Holmberg's *Dos partidos en lucha*

#### Resumen

El presente ensayo examina el contexto sociopolítico en el que aparece *Dos partidos en lucha: fantasía científica* (1875), la primer novela del naturalista argentino Eduardo L. Holmberg. Publicada a pocos meses del fracaso de la Revolución mitrista

---

\* Hernán Feldman obtuvo su Licenciatura en Derecho en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, y se doctoró en Literatura en Indiana University. Actualmente, se desempeña como profesor de Literatura y Cultura Latinoamericanas en Emory University. Ha publicado ensayos en revistas especializadas, tales como *Revista Iberoamericana*, *Latin American Theatre Review*, *Journal of Latin American Cultural Studies* y *Latin American Literary Review*. Correo electrónico: feldman@emory.edu

\*\* Quisiera agradecer al Institute for Comparative and International Studies de Emory University por la beca de investigación que me otorgara oportunamente. La beca en cuestión hizo posible que viajara a Buenos Aires en el verano boreal del año 2008 para realizar investigación de archivo y finalizar la escritura de este ensayo.

de 1874, la ficción de Holmberg postula a la ciencia como coartada eficiente para denunciar las desmesuradas formas de hacer política en la sucesión presidencial entre Domingo Faustino Sarmiento y Nicolás Avellaneda. De esta manera, Holmberg emplaza facciones científicas encabezadas por sabios menos atentos a los dictados de la razón que a la pulsión pasional, que moviliza las constantes disputas políticas entre mitristas y alsinistas. La fractura que informa el disenso político se erige, entonces, en la protagonista a interrogar, una fractura cuya inusitada profundidad desborda lo inimaginable.

**Palabras clave:** Eduardo L. Holmberg, revolución de 1874, mitristas y alsinistas, Nicolás Avellaneda, guerras civiles, lenguajes políticos, prensa política

## Abstract

This essay examines the sociopolitical context that brings about the publication of *Dos partidos en lucha: fantasía científica* (1875), the first novel authored by Argentine naturalist Eduardo L. Holmberg. Published a few months after the demise of the 1874 revolution led by ex-President Bartolomé Mitre, Holmberg's fiction postulates science as the perfect alibi to denounce the immoderate forms applied to resolving political conflicts within the context of the presidential succession between the outgoing President Domingo Faustino Sarmiento and the elected President Nicolás Avellaneda. In this way, Holmberg presents us with scientific factions led by erudite gurus interested less in reason than in the passion that mobilizes the constant political disputes between the followers of Mitre and those of Adolfo Alsina. The fracture informing political dissent thus becomes the protagonist to be interrogated; a fracture whose unseemly depth exceeds the unimaginable.

**Key words:** Eduardo L. Holmberg, 1874 revolution, Mitristas and Alsinistas, factionalism, Nicolás Avellaneda, civil wars, political languages, political press

En 1875, el joven estudiante de medicina Eduardo L. Holmberg publicaba su primera novela, *Dos partidos en lucha: fantasía científica*<sup>1</sup>. El autor, quien más tarde se convertiría en uno de los hombres de ciencia más visibles del aparato estatal del 80, relata en esta ópera prima una imaginaria disputa, que se produce entre dos escuelas científicas.

<sup>1</sup> Entre las reseñas biográficas de la vida de Holmberg se encuentran la de su hijo Luis y una reciente de Horacio Reggini. Hicken escribió un ensayo dedicado a estudiar al papel del científico en el contexto de las doctrinas evolucionistas. En el terreno literario, los estudios más destacados se han detenido en el cuento "La bolsa de huesos". En este sentido, ver Ludmer y Nouzeilles. Gioconda Marún, más recientemente, ha realizado una recopilación de las obras inéditas de Holmberg.

Por una parte, los partidarios de la teoría evolucionista de Charles Darwin, y por la otra, quienes creen en el fijismo de las especies, que en este caso adoptan el nombre de rabianistas en virtud del nombre de su líder de fantasía: Timoteo Rabián<sup>2</sup>. La trama urdida por el joven estudiante imagina a la sociedad porteña entera revolucionada por una polémica que, si bien efectivamente alcanzó su pico en el periodo 1870-1880, en los hechos sólo llegó a involucrar de manera despareja y entrecortada a un núcleo reducido de personalidades científicas. Holmberg se figura, entonces, un impacto que el darwinismo nunca llegó a ejercer en el tejido social de la época, y sueña también con un ciego encarnizamiento de parte de ambos bandos que dista de coincidir con la imagen sosegada que irradiaba la ciencia en el siglo XIX. De esta manera, darwinistas y rabianistas organizan en la novela embalsurados congresos científicos, convocan tumultuosos mítines callejeros, trasladan sus combates al aparato periodístico local, y hasta llegan a partir las aguas en los vaivenes de la moda femenina.

Los nombres y actitudes que Holmberg adopta para caracterizar a los líderes locales intentan establecer un diálogo no del todo claro con personalidades científicas de la época, tales como el perito Francisco Pascasio Moreno, el naturalista Florentino Ameghino y su archirrival, el director del Museo de Buenos Aires, Carlos Germán Burmeister<sup>3</sup>. En las filas del rabianismo se encuentran los extremos de la gama que van desde el obtuso Juan Estaca hasta llegar a Francisco Paleolítez, un sabio con ideas aparentemente equivocadas pero con quien se puede debatir en forma razonada y amena. Entre los afiliados al darwinismo se cuentan Ladislao Kaillitz —el narrador de la novela y áter ego de Holmberg—, así como Pascasio Grifritz, evolucionista dotado de descomunales conocimientos científicos y propietario de un museo subterráneo. Museo en el que el sabio parece contar con todas las especies botánicas del planeta, además de una nutrida biblioteca de manuscritos de avanzada, que no quiere publicar hasta que el lector argentino promedio se encuentre preparado para leerlos. Finalmente, el invitado de lujo en esta galería de personajes es nada más y nada menos que el propio Darwin, quien viaja especialmente a Buenos Aires para asistir al segundo Congreso Científico Argentino que tendrá lugar en el Teatro Colón. En este evento, los partidarios de Darwin lograrán hacer prevalecer su teoría sobre los rabianistas a través de la examinación del cadáver perteneciente al miembro de una tribu africana, que haría las veces de eslabón perdido entre el hombre y el mono. La visita de Darwin es propicia también para poner en el tapete personajes ilustres de la política local en 1874, año en el que tiene lugar el grueso del relato de Holmberg. Así,

<sup>2</sup> En *La mentalidad evolucionista*, Monserrat reseña de manera aguda y amena el surgimiento y desarrollo del evolucionismo en la Argentina. El estudio en cuestión le dedica sus páginas centrales a *Dos partidos en lucha*.

<sup>3</sup> Para un trabajo reciente sobre el papel de Burmeister en el desarrollo de la ciencia en Argentina, ver Mantegari. Luna ha escrito recientemente una ajustada reseña biográfica del perito Moreno. Sobre Florentino Ameghino se han escrito variadas reseñas biográficas de corte celebratorio en los años posteriores al Centenario. El trabajo más reciente sobre el naturalista es la biografía de Delgado.

Darwin es recibido por el presidente Domingo Faustino Sarmiento, el vicepresidente Adolfo Alsina y el ex presidente Bartolomé Mitre.

Los estudios críticos que se han ocupado de *Dos partidos en lucha* no han pasado por alto los cruces entre el convulsionado ambiente político que desencadenó la fallida Revolución mitrista del 24 de septiembre de 1874, por un lado, y la postulación que realiza Holmberg de dos facciones científicas que asumen el carácter de “partidos en lucha”, por el otro. El narrador de la novela hace referencias harto evidentes al respecto: “[...] estamos en el año 1874 que, a no dudarlo, es el año en que más pólvora se ha quemado en la República Argentina” (155). Miguel Cané, sin ir más lejos, fue el primero en llamar la atención sobre este flanco problemático del texto cuando, en una crítica publicada en el diario *La Nación* el 29 de febrero de 1876, planteaba que “los recuerdos vivos del sacudimiento violento que ha agitado la república” eran muy recientes como para poder realizar “una parodia crítica de esos mismos sucesos” (202). Precisamente, por esa inmediatez es que Cané estima que la obra falla en lograr transmitir al lector una correcta “analogía de circunstancias y caracteres con los momentos y hombres de la pasada lucha política” (202). Muchos años más tarde, Antonio Pagés Larraya (1975) vendrá a confirmar que existe una indudable “correspondencia entre estos turbulentos conflictos y el debate científico que Holmberg refiere” (52). Si la novela “satiriza los mítines, el periodismo político, la intemperancia de las opiniones, el afán de plantear todos los problemas en forma pública y estrepitosa”, Pagés Larraya concluye que “resulta visible que el irreconciliable enfrentamiento de darwinistas y rabianistas podría encontrar paralelo en la lucha de mitristas contra alsinistas” (52). A pesar de todo, sin embargo, Pagés Larraya acaba por considerar que el paralelo que la novela intenta establecer con las personalidades científicas de la época termina resultando más efectivo que aquel que se pretende realizar ante la situación política del momento. Más recientemente, Claudia Román y Sandra Gasparini (2001) intentaron sugerir que el juego de correspondencias entre política y ciencia se podía seguir a través de los personajes que participaban en la obra. “Política y ciencia [, dicen Roman y Gasparini] se imbrican mezclando la representación más o menos mimética de personajes históricos reales –Sarmiento, Mitre, Darwin, Burmeister– con espejos deformantes como Pascasio Griffitz [*sic*], Francisco Paleolítez o Juan Estaca” (191). Más aún, para Cristinia Iglesia (2003), “[l]a muerte en las batallas políticas de ese año y la muerte como resultado de las batallas científicas se superponen eficazmente” (147). De modo que se pasa de una red analógica que para Cané es el aspecto más débil de la obra, hasta llegar a una superposición eficaz para Iglesia. El transcurso del tiempo, como había especulado Cané, parece haber producido la distancia histórica necesaria para descubrir la combinación que abriera el cerrojo de la novela en clave.

Entiendo que las analogías de orden político se pueden rastrear menos en los nombres que en el sesgo que el narrador confiere a los eventos, que dan forma a la disputa científica. Los estrepitosos congresos científicos de la novela encuentran su

figura especular en las tumultuosas manifestaciones a las que convocaban mitristas y alsinistas ante el conflicto por la sucesión presidencial<sup>4</sup>. Si el mitrismo no convoca exactamente al Teatro Colón, F. Armesto nos recuerda en *Mitristas y alsinistas* (1874) que los partidarios de Mitre extendieron “una invitación al pueblo para reunirse el domingo 7 de aquel mes, a la 1 p.m. en el teatro Variedades” (169). El 18 de julio de 1874, además, se reúne el Congreso en pleno para tratar las elecciones de diputados dentro de una atmósfera que podría ser considerada tan rocambolesca como la que la novela describe para los congresos científicos. “La barra, que pudo haber sido ocupada por elementos más elegidos”, refiere Armesto para describir a los alsinistas, “contaba con numerosos ejemplares del hoy casi extinguido tipo, llamado compadrito, cuya característica indumentaria; de chambergo, saco de paño negro, pantalón hasta la altura del botín clásico y de taco alto, era completada por el clásico clavel rojo tras de la oreja” (201 y 202). No estaría de más aclarar, asimismo, que uno de los posibles lugares de reunión para el segundo Congreso Científico Argentino en la novela de Holmberg es el congreso mismo. “¿Qué local más aparente podría hallarse?”, dice Kaillitz, “¿La Plaza de la Victoria? Era un sarcasmo. ¿El Congreso Nacional? Mayor aún” (161). Finalmente, la sátira que Holmberg lanza sobre las opiniones de las mujeres, la manera de usar los sombreros y sus tertulias hogareñas son un claro reflejo del estilo de sociabilidad que prevalecía dentro del riñón mitrista. Así es que en la novela, Kaillitz cuenta cómo termina participando circunstancialmente de una de estas tertulias hogareñas, y provoca que una de las damas justifique su parecer político definiendo lo que significa ser decente. “La gente que tiene modales finos” —confiesa la partidaria rabianista— “que viste bien, que tiene coche, palco, blondas, joyas, dinero y cuyos padres han gozado de iguales ventajas” (129)<sup>5</sup>. No hace falta demasiada especulación para llegar al objeto de la sátira de Holmberg que, de alguna manera, pone en contacto el rango social con una forma de opinar que forma parte del sentido común de una clase. “El mundo social, las familias y sus reuniones más distinguidas” —relata Armesto— “eran trasunto del comité electoral, y ni las damas se sustraían a la política, siendo ellas, por la gran simpatía que en su mayor parte le tenían, las principales propagandistas de la candidatura de Mitre” (43). El elemento alsinista —como se puede apreciar— obedece a una extracción notablemente diversa. En *Noticias y documentos sobre la revolución de 1874*, por ejemplo, Florencio del Mármol indica que los partidarios de Alsina eran, por lo general, los nostálgicos de las épocas del rosismo y la mazorca, “el elemento polilla, constituido por la hez de la sociedad” (xxxiii).

No obstante, Adriana Rodríguez Pérsico (2001) se animó a pensar un camino alternativo al torniquete analógico que desde Cané parece haber agarrado las lec-

<sup>4</sup> El trabajo más notable sobre las luchas políticas de este periodo es el de Sabato.

<sup>5</sup> Una versión exacerbada de las aguerridas mujeres que se encolumnaban detrás de Mitre se puede encontrar en el famoso personaje que Lucio V. López concibe para doña Medea Berrotarán en *La gran aldea*.

turas que se vienen realizando de *Dos partidos en lucha*. Según Rodríguez Pérsico, “[l]a novela tematiza un nudo crucial de la cultura argentina: la reducción de todas las esferas y la subordinación de todos los campos a las cuestiones políticas” (379). Ya no se trataría entonces de dilucidar si Juan Estaca es Mitre, Alsina o Sarmiento; de hecho, ni siquiera sería relevante colocarlo del lado alsinista o del mitristra. El objeto de la novela parece más encaminado a arrojar luz sobre lo que el autor vería como una sensible alteración de las jerarquías que proponía la modernidad. A contrapelo de lo que sucedía en los países que desde la periferia se veían como modelos de desarrollo en el siglo XIX, la ciencia en la sociedad argentina —lejos de gobernar incontestadamente las rutas de acceso al progreso del país—, se encontraba subordinada a una manera de hacer política localizada en las antípodas de la razón. En este sentido, Carlos Pérez Rasetti (2002) comparte la premisa crítica de Rodríguez Pérsico cuando concibe a la novela como el fruto de la imaginación de un Holmberg que, contemplando con pavor el fenómeno previamente aludido, aspira a que algún día la sociedad argentina se vea movilizada por una pelea política que realmente valga la pena. Para Rasetti, entonces, la novela “[n]arra una sociedad pendiente de la confrontación que debería darse si se pretende el progreso del país” (210). En otras palabras, que si Holmberg ve con resignación que la política gobierne de forma incontrastable todos los ámbitos la vida diaria argentina, por lo menos propone servirse de este fenómeno indeseable para llegar a una utopía de segundo grado: incluir a la ciencia dentro de los debates políticos de una época, aun con todos los dislates a que ello podría dar lugar.

Si bien la novela se dedica, en efecto, a reportar de forma entrecortada debates más o menos razonables entre científicos aspirantes al prestigio local, se encuentra fundamentalmente atravesada por la pasión que da forma a las luchas políticas<sup>6</sup>. En otras palabras, pareciera como si el debate científico fuera no tanto una expresión de deseos, como propone Rasetti, sino más bien una coartada conveniente para denunciar el desborde de lo político. De modo que para Holmberg, aun si se colocara a la ciencia como centro del sistema de discusión, el debate terminaría desbaratado por una forma de pensar el disenso que acaba por carcomer toda posibilidad de progreso. Es por ello que *Dos partidos en lucha* va a columpiarse entre lo que debería ser y lo que es, entre un mundo en el que la política/ciencia se circunscribe a su campo específico y otro en el que rebalsa todos los diques imaginables. El narrador sostiene, por un lado, que “en Buenos Aires cuando no se trata de política todo el mundo es razonable” (121) para denunciar la necesidad de salir del registro de la política local. Pero, por el otro lado, mientras Grifritz espera la llegada de Darwin, reflexiona en un monólogo sobre la viabilidad de dicha razonabilidad. O dicho de

<sup>6</sup> Al consultarse la prensa del periodo 1870-1880, se puede advertir que tanto los simpatizantes alsinistas como los mitristas se adjudican recíprocamente un desmesurado uso de la pasión en los diferendos políticos.

otra manera: ¿cómo salir de la política cuando todo es política? Porque la posibilidad de la razón en la Argentina se encontraría para Holmberg permanentemente jaqueada por las formas a través de las cuales la política local se cierne sobre todos los aspectos de la vida cotidiana en la Argentina. “[A]unque yo me considero un gran sabio” —dice Grifritz con resignación— “es necesario tener en cuenta que la mayor parte del pueblo hace abstracción de su razón para juzgar solamente por la pasión que le inspiran los individuos que representan los partidos” (153). De resultas, la razón universal —que Grifritz ve como condición *sine qua non* para la existencia de la ciencia— no cuenta con posibilidades concretas para abstraerse de las pasiones políticas coyunturales que la circundan. Lejos de repudiar la política y enfrascarse en su museo personal, empero, Grifritz parece entonces decidirse por el pragmatismo y subirse a la cresta de la ola adoptando las formas que imperan en la arena política. El texto así lo insinúa cuando Grifritz le anuncia a Kaillitz el advenimiento de un futuro difuso: “[s]irvo una doctrina científica: el darwinismo. Tarde o temprano llegará a ser una doctrina política y necesito cierto misterio en mi conducta” (89). En consecuencia, Grifritz termina siendo consciente de que, para triunfar algún día sobre sus enemigos, tendrá que imitar el aire misterioso que cultivaban caudillos políticos como Mitre y Alsina.

Holmberg postula así una tensión irresoluble entre el deber ser y el ser que se mantendrá a lo largo de toda la novela. Si la ciencia debe regirse por la razón, mientras que la política lo hace por la pasión, para que la ciencia gobierne una sociedad y llegue entonces a dotarla de las herramientas racionales necesarias para abrazar el progreso, se hace necesario pasar por el aro y adoptar las modalidades de la política. Fuente de la razón suprema universal, el darwinismo debería, entonces, en dos tiempos, denostar los medios pasionales de la política y a la vez hacerlos suyos para llegar al fin necesario: que la razón llegue a hacerse del poder político para abrogar el imperio de las pasiones. La encrucijada entre estas dos avenidas estratégicas se puede apreciar, por ejemplo, en la representación que la novela realiza de la prensa porteña. Mientras que el 20 de junio de 1874 se celebraba la primera sesión del Congreso Científico Argentino, un diario “neutral y conciliador” felicita al periodismo que dejó de lado “los odiosos dicterios que en luchas anteriores se habían prodigado los partidos políticos” (93). El narrador cita un pasaje de una columna editorial de este diario en la que el editorialista estima loable “que en una cuestión que afecta tan vivamente los intereses científicos de la humanidad se haya empleado el lenguaje digno y elevado que corresponde a este género de luchas en las que sólo debe imperar la convicción y el desinterés bien entendido de la opinión científica” (93). Pero si el lenguaje político parece haberse depurado en consonancia con los altos fines que representa la ciencia, el narrador hace hincapié en el hecho de que el vocabulario que utiliza el diario “neutral” para referirse a las escuelas científicas, pone en evidencia la persistencia de los intratables residuos que las luchas políticas venían dejando a su paso. “Las palabras bando y partido”

–reflexiona Kaillitz– “eran como una reliquia mal guardada que manifestaba hasta qué punto se lleva entre nosotros la memoria de las luchas políticas” (94). Y si bando y partido son una referencia necesaria a lo político, la reliquia mal guardada también acarrea una connotación particular. En efecto, en su crónica documentada de la Revolución mitrista, Del Mármol nos recuerda el sentimiento de desencanto que imperaba por ese entonces dentro de la juventud mitrista. Del Mármol va a referirse, entonces, al auténtico legado de Mitre como una reliquia que quedó a merced de las ambiciones mezquinas de quienes rodeaban al líder liberal en una hora histórica crucial. “[E]se círculo de entidades, colocadas a la cabeza del partido, exclusivistas, valla insuperable contra la que han quedado estrelladas las aspiraciones de toda una generación joven, vigorosa y patriota”, se habían constituido según Del Mármol en “entidades rodeadas de una antipatía general, porque no supieron guardar con respeto las reliquias de aquella gloria, de aquellos tiempos, de aquellas hermosas conquistas alcanzadas por el gran partido liberal” (viii).

En el estudio crítico, que nos introduce a la más reciente edición de *Dos partidos en lucha*, Sandra Gasparini (2005) avanza en un similar derrotero al centrarse menos en las “fallidas” correspondencias de la novela que en las formas políticas que asume la disputa científica. “La lucha se lexicaliza como pelea cuerpo a cuerpo” –comenta Gasparini– “y en el texto se habla de ‘la arena de combate’. Se trata del carácter político y no puramente científico de esta contienda” (17). Por lo tanto, en una primera instancia, para Gasparini “la ciencia moderna parece (o quiere ser) el producto de luchas de ideas y de poder” (17), pero, en una segunda instancia, esta lucha le da “al lector una lección sobre la pasión que puede despertar la ciencia, tan movilizadora como la política” (23). Sin embargo, valdría la pena preguntarse: ¿cómo se puede advertir al lector sobre un debate que en el terreno de los hechos no existe? ¿Se podría pensar a Holmberg escribiendo una ficción para infundir en la sociedad reservas con respecto al debate de ideas científicas? Entiendo que es más viable que Holmberg quisiera –menos que proponer el debate que debería darse, como propone Pérez Rasetti, y menos que advertir sobre las pasiones que puede generar la ciencia, como arguye Gasparini– interrogar los efectos que imprime en una sociedad dada las pasiones políticas desenfundadas.

Al leer *Dos partidos en lucha* de esta manera, la política se convierte en la pulsión pasional constante que, al operar con insistencia sobre una arcilla meramente coyuntural, le imprime a esta las formas propias de la cultura en cuestión. De ahí que la objeción pretérita de Cané no solo se caiga a pedazos, sino que además permita que Pagés Larraya redoble la apuesta con un descuido inocultable. En efecto, si Cané ve debilidad en las analogías que él quiere ver en el texto, Pagés Larraya va a concluir que, de resultas, “[n]o es muy nítido [...] el cariz político de *Dos partidos en lucha*” (52). Quisiera proponer que, lejos de difuminar el tenor político de la novela, la opacidad y la debilidad resultante de las analogías posibles se constituyen precisamente en el lugar en donde habita el registro político del texto. En este sentido, no es casual

que el mismo Holmberg admita, años más tarde, que sus silencios obedecían más a la conveniencia que a la convicción. “Se dijo que era un libro político y me callé la boca” —dice Holmberg—; “[a] los veintidós años es preciso callarse” (3). El silencio que años atrás había escogido el Holmberg imberbe para enfrentar a los dichos de sus lectores no es nada menos que un corolario lógico de las vaguedades y tropiezos con los que tiñó a sus analogías, para que ellas pudieran ser atribuidas a la torpeza del autor inexperto. He ahí, en resumidas cuentas, la inflexión nitidamente política de la novela.

Dos intervenciones críticas recientes, además, se vendrán a conjugar para calificar el espesor con el que la política interroga el discurso del poder en *Dos partidos en lucha*. “Si después de las guerras de liberación, los combates por las ideas debían desplazar a la lucha armada” —afirma Rodríguez Pérsico— “Holmberg demuestra que la lógica de la guerra persiste y aun se sobreimprime a cualquier tipo de pensamiento o acción” (379). Gasparini (2002), en tanto, comenzará un estudio crítico aludiendo a la frontera en la guerra contra las últimas tribus indígenas en la década de 1870, para luego decir que Holmberg construye “una textualidad en la cual las fronteras entre géneros discursivos se borran”, agregando además que Holmberg “escribe en esa frontera borroneada, en el descanso de la expedición científica o las clases universitarias, la complejidad de los saberes que circularon el último cuarto del siglo XIX” (205). La guerra, entonces, es la materia prima de una política que no puede deshacerse completamente de ella, mientras que la frontera es su constante producto manufacturado. En este sentido, es importante destacar que Paul Virilio se detiene a explicar que

[e]n las operaciones de guerra de la antigüedad, la defensa no se trataba de acelerar sino de detener. La preparación para la guerra era la muralla, el terraplén, la fortaleza. Y era la fortaleza como fortificación permanente lo que le confirió a la ciudad una permanencia. El sedentarismo urbano se encuentra de esta manera relacionado con la durabilidad del obstáculo. Sea el terraplén que protege al mercado —de la aldea espontáneamente fortificada en el sur de Italia—, o aquel de la ciudad antigua, la muralla circundante se encuentra ligada a la organización de la guerra como una forma de organización del espacio (12).

Esta consideración sobre la guerra sería estéril de no ser porque Virilio va a coincidir con Michel Foucault en su lectura de la famosa máxima de Carl von Clausewitz en el sentido de que la guerra era la continuación de la política mezclada con otros medios. En efecto, tanto el uno como el otro iban a retrucar que el razonamiento de Von Clausewitz debía operar en forma bidireccional, ya que la política en tiempos de paz también constituía una continuación de la guerra. La paz, propone Foucault, puede ser leída como una forma de guerra, y el Estado como una modalidad para llevarla adelante (123). La pregunta es: ¿de qué manera la ficción de Holmberg pone en contacto las formas bélicas que asume la política argentina con las fronteras que de ella resultan?

Aquí es donde las contribuciones de Rodríguez Pérsico y Gasparini adquieren una dimensión que es necesario repensar. Por una parte, la adyacencia de la política argentina con la guerra es mucho más inmediata en 1874 que lo que la distancia entre las luchas de independencia y la actualidad política hacen suponer. De hecho, la Argentina se encontraba en guerra desde los albores de su formación como Estado nacional moderno tras la sanción de la Constitución de 1853. Primero, una guerra entre Justo José de Urquiza y Juan Manuel de Rosas que terminó en la batalla de Caseros en 1852. Segundo, la guerra entre la Confederación Argentina y la Provincia de Buenos Aires, que se levanta en armas el 11 de septiembre de 1852 para protestar el Acuerdo de San Nicolás, lo cual se resuelve en las batallas de Cepeda en 1859 y Pavón en 1861. Tercero, la intervención del país en los cinco cruentos años de la Guerra de la Triple Alianza contra Paraguay (1865-1870). En el ínterin, la guerra del presidente Bartolomé Mitre contra caudillos del interior, tales como Felipe Varela y el Chacho Peñaloza. Mientras tanto, aprestos para la guerra con Chile por conflictos limítrofes, que tuvieron lugar durante la presidencia de Sarmiento a principios de 1870 y que no terminaron de resolverse hasta el Tratado Roca-Errázuriz en 1902 con la mediación de Inglaterra. Además, la primera mitad de la década de 1870 fue dedicada a sofocar la rebelión del caudillo entrerriano Ricardo López Jordán, quien fuera derrotado definitivamente por Julio Argentino Roca en la batalla de Ñaembé. Todo esto sin olvidar la Revolución mitrista de 1874, que se resolvió en los combates de La Verde y Santa Rosa, por una parte, y la guerra permanente de fronteras interiores contra las tribus indígenas del territorio pampeano, que no se dirimió completamente hasta bien entrada la década de 1880, por la otra. Y, para terminar, la nueva guerra entre la provincia de Buenos Aires y el resto de las provincias en 1879, por la sucesión presidencial y la federalización de la ciudad de Buenos Aires. La guerra y los aparatos fronterizos que ella generaba, en consecuencia, eran menos el producto de lejanas guerras de independencia que el primer correlato político del momento, en el que se escribía *Dos partidos en lucha*.

Hasta cierto punto, era inevitable que Holmberg fuera, como sostiene Gasparini siguiendo a Josefina Ludmer, “un escritor ‘de frontera’”. De frontera, según Ludmer, “porque forma parte de dos coaliciones, la de 1880 y la de los modernistas; y también es ambivalente como una frontera porque es nuestro primero y último ‘médico-escritor’ de la serie de ‘médicos en delito’ que le sigue” (147). Sin embargo, no es esta la cualidad que diferencia a Holmberg de los pares de su tiempo. Sin ir más lejos, para Iglesia *Una excursión a los indios ranqueles* de Lucio V. Mansilla “es, en sí mismo, una frontera” (562), y lo mismo podría decirse de muchos de los escritores del periodo. Lo que haría falta dilucidar, en cierto modo, es la manera a través de la cual este artefacto bélico realiza una contundente incisión política en el terreno de la sociedad civil. En otras palabras, si tanto Ludmer como Iglesia y Gasparini establecen la frontera como eje de análisis en los escritores del 80, haría falta pensar de qué manera las particularidades del momento político en el que transcurre *Dos partidos*

en *lucha* dan forma al discurso que emplaza esta frontera divisoria, como dispositivo regulador de las pasiones sin el cual parecería imposible concebir el debate político del momento.

En su trabajo sobre las categorías que hacen que la política se haga visible a través de lo impolítico, Roberto Esposito arroja alguna luz sobre la cuestión cuando arguye que “la política no puede ser conceptualizada en forma positiva, sino solamente a partir de lo que se contornea en su imagen exterior, y que la determina negativamente, constituyendo su fondo y a la vez su reverso” (139). Esposito agrega, asimismo, que “sólo negativamente, en cuanto mal, como hemos visto, la política es representada y representable” (152). El logro de dicha representación, entonces, dependerá de un trazo clave para Esposito; esto es “división pero a la vez unión entre lo que separa”; vale decir, la *condivisión*, *partage*, la *partición* que supone tomar parte, “lo político como *condivisión*” (18)<sup>7</sup>. Aquí es donde tiene un primer desenlace el dilema de Holmberg, el que se debate entre el imperativo de la divulgación científica y el de mantener a la ciencia dentro de su esfera de prestigio solo accesible a las mentes superiores; el que postula a un narrador darwinista asqueado de las formas políticas, pero que se reconoce no sólo inmerso en ellas, sino que además se ve como el único testigo objetivo posible, el único dotado de una razón impolítica lo suficientemente purgada de la pulsión pasional para lanzar una mesurada requisitoria contra los contornos dentro de los cuales se manifiestan las pasiones políticas en desmedro de la razón. Sin embargo, Holmberg no se quedará en el contorno, sino que también logrará, con particular tino, activar una narración capaz de interrogar el centro de la política, que para él parece ser la profundidad de la hendidura que motoriza la tenaz política faccionalista en el Buenos Aires de su tiempo. En otras palabras, Holmberg se convierte en el científico que confeccionará la historia clínica de una sociedad cuya pulsión vital se alimenta de la supurante llaga que, no solo es una cesura abismal que contiene el embate del enemigo, sino que fundamentalmente hace posible el desborde de la política porteña.

En efecto, la evidencia documental parece refrendar que el tenor de la *partición* de parcialidades en el campo de la política en 1874 se venía saliendo de cauce. En sus memorias sobre *alsinistas* y *mitristas*, Armesto destaca que el punto de inflexión de este inocultable fraccionamiento se hacía sentir en los aspectos más mundanos de la vida cotidiana. Los viejos que se sentaban regularmente en los bancos de una plaza “[y]a no se ocupaban de las jovencitas que pasaban, la política los embargaba por completo y allí se pronunciaban arengas, en mi bemol, que espeluznaban los paseantes” (48).

<sup>7</sup> Además de Georges Bataille, que es la referencia central de Esposito, Nancy y Rancière han señalado incisivamente el doble estatuto de la *condivisión*. Nancy destaca que el atributo distintivo de la comunidad estriba en el sentido de esa *partición* que supone la *participación* (25). Rancière, por su parte, considera que la flexión política aparece cuando los actores de un debate se autoconfieren la racionalidad de su enunciado y arrojan a sus contendientes al ámbito de lo irracional; sin embargo, el uno no se entiende sin el otro, de ahí que *partage* sea el término más apto para pensar este proceso (21-27).

Los clubes del Progreso y del Plata “eran hervideros de discusiones, y fue necesario que sus comisiones directivas incluyeran en sus reglamentos, la prohibición de tratar cuestiones políticas en sus recintos” (44). A medida que el tiempo transcurría después de celebradas las elecciones que los mitristas denunciaron por fraudulentas, y que consagraron ganador a Nicolás Avellaneda, en la sociedad se acentuaba una forma crispada de expresar el disenso. “[E]l cisma que en ella existía” –dice Armesto– “la guerra que la mayor parte de nuestras principales familias, hacían a todo lo que no era mitrista, colocaba al presidente electo y a su pobre partido, que para colmo se había unido a los alsinistas, los colocaba decimos, en la situación aparente, de parias de este mundo social” (66). Del Mármol, por su parte, comenta que durante

un año entero los espíritus estuvieron dominados por la más remarcada agitación, las pasiones se desenfrenaron desplegando furias sin ejemplo; y tan funesta y dolorosamente profunda fue la división que se operó, que hasta en el hogar de la familia pudo oírse a la madre, a la esposa, a las hijas, discutiendo con calor las virtudes y vicios de los diversos candidatos (xlix-1).

Tal es la consustanciación entre el registro que escoge Holmberg para su narración y la del lenguaje político del momento que se producen yuxtaposiciones, que dan a entender que la rivalidad puntual entre Mitre y Alsina se devoró a un significativo mucho más amplio. Al narrar las alternativas de las elecciones que tendrían lugar en la provincia de Buenos Aires, dice Armesto que “estaban los ánimos en tal estado de exaltación, que el jefe de policía señor O’Gorman, obtuvo de ambos *partidos en lucha*, mitristas y alsinistas, que nombraran sus representantes para ponerse de acuerdo sobre la forma en que debía realizarse la elección” (159)<sup>8</sup>.

La prensa, en este sentido, asume un papel central en tanto se convierte en el centro irradiador de un estado de cosas en el que impera la omnipresencia de la política y sus fracturas emergentes. Con motivo de la celebración de un baile de corte frívolo para honrar al presidente electo, por ejemplo, alarmó el hecho de que los diarios principales no hubieran hecho mención alguna del ágape. Para Armesto la explicación estriba en que “en el año 1874, no había tema que pudiera ser más interesante que la política, y ella era la que absorbía casi por completo todas las secciones de un diario” (146). De manera que se llega al punto en que el presidente electo se encuentra en un lugar mientras que la política está en otra parte, allí donde luchan mitristas y alsinistas. La hipótesis es abonada además con los datos que ofrece Armesto para ilustrar la saturación política, una vez que el mitrismo denuncia el fraude electoral. “[L]a sociedad de Buenos Aires y sus órganos de publicidad, no se ocupaba de otro tema” –dice Armesto– “que aquel que con ardor se comentaba y dilucidaba, tanto en las grandes como en las pequeñas reuniones” (169). De manera similar a lo que relata Armesto

<sup>8</sup> Las bastardillas son mías.

en su cuadro de costumbres, en *Dos partidos en lucha* Kaillitz reporta que en 1874 “[l]a prensa bonaerense estaba dividida en dos bandos: darwinistas y rabianistas, y representaba cada cual a su partido, según su pasión, su razón o su ciencia, con más o menos probabilidades de buen éxito” (93). Privilegiado circuito de circulación de noticias del ámbito político, la prensa que nos muestra Holmberg era leída con avidez y, por lo tanto, gozaba de la entidad necesaria para crear una “opinión pública, dividida aún entre la política, la ciencia, la crisis monetaria y el teatro” (155). De ahí que Grifritz se niegue a publicar sus manuscritos, hasta tanto la opinión pública demuestre encontrarse preparada para acoger a la ciencia como lo hace con la política. “No está muy distante el día en que veamos en los catálogos de nuestras librerías surtidos inmensos de obras científicas” —profetiza Grifritz— “y a nuestros compatriotas leerlas con avidez con que se leen los boletines en época de lucha electoral” (76).

En efecto, la atmósfera crispada que se vive en 1874 tiene como protagonista estelar al periodismo de la hora. Las páginas de los diarios desbordan de temas políticos y, en ocasiones, la prensa se muestra tan dividida como se encontraban los bandos políticos. Los lectores consumen estos diarios intensamente, entran en diálogo con las divisiones aludidas y, de esa forma, foguean aún más el pico faccionalista una vez producidas las irregularidades que terminan dando como presidente electo a Nicolás Avellaneda. Sin embargo, tanto el clima que Holmberg pretende reflejar de manera oblicua en *Dos partidos en lucha*, como el del cuadro de época que traza Armesto para 1874 no se agotan con el fracaso de la revolución del 24 de septiembre. En el año 1876 ya Alsina es parte del Gobierno de Avellaneda y, en su calidad de ministro de guerra, se instala en el sur de la provincia de Buenos Aires para ponerse al frente de las obras tendientes a cavar una zanja de 374 kilómetros de largo, para contener de ese modo los embates de las tribus indígenas, ganar territorios para la “civilización” e ir preparando solapadamente un retorno triunfal que lance su candidatura presidencial. Los mitristas, en tanto, continúan moderando el tono de sus opiniones en las páginas de *La Nación*. Algunos jefes militares de la revolución cumplen condenas en la cárcel, otros optan por el destierro y los más caen simplemente en desgracia financiera y política. No obstante, la lucha con el alsinismo continúa con el mismo encarnizamiento de dos años atrás, a pesar de las intenciones conciliadoras del presidente electo. El diario *La Tribuna* publica en 1876 un editorial titulado “Los momentos propicios” que no deja dudas al respecto. La columna presenta a mitristas y alsinistas como dos facciones mezquinas que lejos están de convertirse en dos partidos políticos serios. “Las facciones son la caricatura de los partidos, son la degeneración de éstos” —dice el matutino—; “[e]xamínese la estructura de los dos bandos que se disputan el poder en estos momentos, y se verá que no son más que facciones personales, congregadas por intereses egoístas, sin bandera leal y franca, con programas llenos de remiendos, girones de antiguas discusiones políticas” (1). La nota editorial termina calificando a las parcialidades como “perros gruñidores que se disputan los bocados del presupuesto” y lamenta que, en vez de partidos serios, la política argentina dependa de “la existencia de partidos fulanistas” (1).

Un editorial posterior titulado “Insistimos aun” vuelve sobre el tema del mal que representa el personalismo que da forma a facciones que tarde o temprano tendrán que entrar en razón. “Pero hoy” –dice *La Tribuna*– “parece absurdo suponer que las facciones enemigas puedan acordarse, conciliarse, y llegar á equilibrarse”, puesto que “[a]nchos y hondos zanjones de odios ha cavado la pasion política entre una y otra” (1). *La Tribuna* sostiene que “consultando sólo las pasiones, los odios, las malquerencias del presente, la separacion es eterna, la union es un absurdo” (1). El artículo concluye sosteniendo que a las facciones “[h]oy, todo las separa, es cierto, hasta el lenguaje, ó las voces que usan para espresar sus deseos, sus sentimientos, sus aspiraciones” (1). Días más tarde, *La Tribuna* vuelve sobre el tema sacando un editorial titulado “El zanjón divisorio” en el que comienza por trazar un paralelo entre la Guerra de la Triple Alianza y la política del momento. Con ese objeto en mente, *La Tribuna* hace alusión a un lema que diferenciaba a los héroes paraguayos de los argentinos en la dura derrota que había experimentado la Argentina en la batalla de Curupaity. Dado que el país había sufrido muchas más bajas que el Paraguay, el lema decía: Curupaity... nuestros héroes ilustres son más que los vuestros (1). El editorialista de *La Tribuna* dice que este lema ya no se refiere en realidad a argentinos y paraguayos pericidos en Curupaity; “nó, eso seria creer lo racional, y ya sabeis que en estos tiempos se debe proceder á la inversa” (1). “Esa división de muertos ilutres en vuestros y nuestros, hecha por un diario argentino de la tarde” –indica *La Tribuna*– “se refiere no más que a los argentinos” (1). *La Tribuna*, de esta forma, traza una clara analogía entre la guerra más sangrienta de la época y la política que divide a mitristas y alsinistas cuando descubre que esta frase la utiliza el mitrismo para aludir a las bajas que sufrió en la revolución de 1874. El autor del editorial entiende, entonces, que semejante desmesura en el tenor de un eslogan político sólo lo explica que existan “dos naciones enemigas en una misma nación” (1).

En consecuencia, la separación entre las dos facciones culmina por rebasar el campo de lo político y sobreprescribirse sobre el bélico, aun cuando la guerra civil haya concluido. “No basta la separacion moral y material, la separacion de cuerpos y de ideas, la división de bienes reales y espirituales” –dice *La Tribuna*– “eso es demasiado poco; es menester imposibilitar mas la reconciliacion; es indispensable remover hasta las cenizas de los que murieron heróicamente en una guerra nacional; dividamos esas mismas cenizas; á cada cual su parte; uno, dos, tres, los nuestros; uno, dos, los vuestros” (1). *La Tribuna* les informa a los ciudadanos argentinos que, a raíz de las luchas políticas, han dejado de serlo “para ser en adelante por virtud de ódios que no conocisteis, o mitristas o alsinistas, o nuestros o vuestros!” (1). Sin embargo, no es aquí donde el periodista de *La Tribuna* va a dejar su análisis, sino que va a llevar la libre circulación entre guerra y política a un conflicto bélico concreto de la hora que excede las frases emblemáticas de Curupaity. “Una mal aconsejada idea ha hecho que el Gobierno Nacional destine una suma fabulosa de pesos fuertes a esta obra colosal” –sostiene *La Tribuna*–: “atravesar la pampa por una ancha y

honda zanja que nos divida de los salvages” (1). Pero si bien la idea de Alsina –que por ese entonces era ministro de guerra de Avellaneda– concitó la más variada gama de detractores, lo más grave del asunto era que el método escogido para solucionar el problema de fronteras con los pueblos indígenas parecía ser el predicado de una disyuntiva mucho más decisiva. Así parece insinuarlo cuando el articulista dice que “[e]n verdad os decimos que el zanjón que divide a los alsinistas de los mitristas es más ancho todavía y más hondo” (1). De modo que la zanja que se abría en el sur de la provincia de Buenos Aires deviene en comentario –y quizá en síntoma– menos de la guerra contra el indio que de la lucha política que se vivía en la ciudad de Buenos Aires. “Un día, por encima de aquella zanja que los vientos y la arena del desierto llenarán” –concluye la columna editorial–

estrecharemos la mano o abrazaremos fraternalmente al salvaje, o él pasará y arreará nuestros ganados. Pero, el zanjón de odios abierto por las pasiones mal dirigidas entre alsinistas y mitristas, no se llenará jamás, ni con nada, a no ser con los escombros de la Nación en un desplome total. Los nuestros, a un lado; al otro los vuestros! (1).

Parecería, entonces, como si la política y la guerra se conjugaran para disponer circuitos, a través de los cuales pudieran transitar libremente las herramientas materiales y simbólicas necesarias para prevalecer en toda lucha a que la coyuntura política diera lugar. El valor de la novela de Holmberg, por lo tanto, más que pasar por correspondencias o por proponer polémicas merecedoras de ser tales, reside en la denuncia que realiza de los modos mediante los cuales la política logra que la guerra se dé en donde no se tiene que dar y que, coetáneamente, se pierda el combate militar en donde se tiene que prevalecer. A partir de esta confusión promiscua entre guerra y política, se devela en el texto de Holmberg el cuestionamiento hacia una recalcitrante cesura cuya lábil razón de ser reside en la contención del enemigo político; cesura que, al mismo tiempo, no tiene previstos mecanismos para contenerse a sí misma. Holmberg advierte menos sobre la pasión que podría generar la ciencia si un debate científico existiera en el país: propone, en cambio, que la clase política de la época se lea en ese carnavalesco debate científico. Asustada de sí misma, es de esperar que la política faccionalista –en vez de decidir que la ciencia es más digna de debatirse que la política– resuelva poner un límite genuino a la desmesura de ese límite que motoriza la guerra sin cuartel entre los partidos en lucha.

## Obras citadas

- Armesto, F. *Mitristas y alsinistas* (1874). Buenos Aires: Alsina, 1914.  
Blengino, Vanni. *La zanja de la Patagonia*. Buenos Aires: FCE [Fondo de Cultura Económica], 2005.

- Cané, Miguel. "Dos partidos en lucha (*fantasía científica*) por Eduardo L. Holmberg". En: Eduardo L. Holmberg. *Dos partidos en lucha: fantasía científica*. Buenos Aires: Corregidor, 2005: 201-05.
- Delgado, Josefina. *Florentino Ameghino: el apóstol de la ciencia*. Buenos Aires: Aguilar, 2006.
- Del Mármol, Florencio. *Noticias y documentos sobre la revolución de 1874*. Buenos Aires: Imprenta de M. Biedma, 1876.
- "El zanjón divisorio". *Tribuna* (14 jun. 1876): 1.
- Esposito, Roberto. *Categorías de lo impolítico*. Buenos Aires: Katz, 2006.
- Foucault, Michel. "Truth and Power" [La verdad y el poder]. En: *Power/Knowledge: Selected Interviews and Other Writings (1972-1977)*. [Poder/conocimiento: entrevistas escogidas y otros escritos (1972-1977)]. Ed. Colin Gordon. New York: Pantheon, 1980: 109-33.
- Gasparini, Sandra. "Eduardo L. Holmberg, cuestión de fronteras. Fantasía y ciencia en el siglo XIX". En: *Literatura argentina: perspectivas de fin de siglo*. María Celia Vázquez y Sergio Pastromerlo (comps.). Buenos Aires: Eudeba, 2002: 197-206.
- \_\_\_\_\_. "Una fantasía de Darwin". En: Eduardo L. Holmberg. *Dos partidos en lucha: fantasía científica*. Buenos Aires: Corregidor, 2005: 9-39.
- Gasparini, Sandra y Claudia Román. "Fauna académica: las 'calaveradas perdonables' de Eduardo L. Holmberg". En: *El tipo más original. Eduardo L. Holmberg*. Buenos Aires: Simurg, 2001: 185-218.
- Holmberg, Eduardo L. *Dos partidos en lucha: fantasía científica*. [1875] Buenos Aires: Corregidor: 2005.
- Iglesia, Cristina. "Mansilla, la aventura del relato". En: *Historia crítica de la literatura argentina*. Vol. 2. Julio Schvartzman (dir.). Buenos Aires: Emecé, 2003: 541-62.
- \_\_\_\_\_. "Notas sobre Holmberg". En: *La violencia del azar*. Buenos Aires: FCE [Fondo de Cultura Económica], 2003.
- "Insistimos aun". *Tribuna* (20.05.1876): 1.
- "Los momentos propicios". *Tribuna* (17.05.1876): 1.
- Ludmer, Josefina. *El cuerpo del delito: un manual*. Buenos Aires: Perfil, 1999.
- Luna, Félix. *Francisco P. Moreno*. Buenos Aires: Planeta, 2001.
- Mantegari, Cristina. *Germán Burmeister: la institucionalización científica en la Argentina del siglo XIX*. Buenos Aires: Jorge Baudino Editores, 2004.
- Marún, Gioconda. *Eduardo L. Holmberg: cuarenta y tres años de obras manuscritas e inéditas (1872-1915): sociedad y cultura de la Argentina moderna*. Madrid: Iberoamericana Vervuert, 2002.
- Monserrat, Marcelo. *Ciencia, historia y sociedad en la Argentina del siglo XIX*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1993.
- \_\_\_\_\_. *La mentalidad evolucionista en la Argentina: una ideología del progreso*. Victoria: Universidad de San Andrés, 1997.
- Monserrat, Marcelo y Jens Andermann. *La ciencia argentina entre siglos: textos, contextos e instituciones*. Buenos Aires: Manantial, 2000.
- Nancy, Jean-Luc. *The Inoperative Community* [La comunidad inoperante]. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1991.
- Nouzeilles, Gabriela. "Políticas médicas de la histeria: mujeres, salud y representación en el

- Buenos Aires del fin de siglo". *Mora: Revista del Área Interdisciplinaria de Estudios de la Mujer* 5 (1999): 97-112.
- Pagés Larraya, Antonio. "Estudio preliminar". En: Eduardo L. Homberg. *Cuentos fantásticos*. Buenos Aires: Hachette, 1975: 7-98.
- Pérez Rasetti, Carlos. "La locura lúcida. Ficción, ciencia y locura en las fantasías científicas de Holmberg". En: *Literatura argentina: perspectivas de fin de siglo*. María Celia Vázquez y Sergio Pastromerlo (comps.). Buenos Aires: Eudeba, 2002: 207-26.
- Rancière, Jacques. *Disagreement: Politics and Philosophy* [El desacuerdo: política y filosofía]. Trans. Julie Rose. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1999.
- Rodríguez Pérsico, Adriana. "'Las reliquias del banquete darwinista': E. L. Holmberg, escritor y científico". *MLN Hispanic Issue* 116.2 (2001): 371-91.
- Sabato, Hilda. *La política en las calles: entre el voto y la movilización (Buenos Aires 1862-1880)*. Buenos Aires: Sudamericana, 1998.
- Virilio, Paul y Sylvère Lotringer. *Pure War* [Pura guerra]. New York: Semiotext(e), 1997.